



La Santa Sede

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA ROMANA DE SAN CIRILO Y SAN METODIO

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Domingo 15 de febrero de 1998

1. «*Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación*» (Mc 16, 15). Antes de volver al Padre, Jesús confía a los Apóstoles el mandato de proseguir su misión en la tierra, anunciando la salvación a todo el mundo. Esta tarea, que caracteriza a la Iglesia, pueblo de Dios en camino hacia la patria celestial, se expresa en la pluralidad de los ministerios y los carismas con que Cristo la enriquece. Pastores y confesores de la fe, vírgenes y mártires, presbíteros y laicos, santos y santas de todas las épocas contribuyen eficazmente a difundir el Evangelio en todos los rincones del mundo.

San Cirilo y san Metodio realizaron esa obra. Originarios de Tesalónica y testigos intrépidos del Evangelio, fueron los pioneros, por decirlo así, del numeroso grupo de apóstoles que han trabajado activamente al servicio de Cristo entre los pueblos eslavos. Vuestra parroquia se enorgullece de tener como protectores especiales a estos dos grandes santos copatronos de Europa.

Su ejemplo es muy significativo también para nosotros. En efecto, como subrayé en la encíclica *Slavorum apostoli*, «se puede afirmar que su recuerdo se ha hecho particularmente vivo y actual en nuestros días» (n. 1).

Aun teniendo la posibilidad de hacer brillantes carreras políticas, estos dos hermanos se dedicaron totalmente al Señor. A petición del príncipe Rastislav de la gran Moravia al emperador Miguel III, fueron enviados a anunciar a los pueblos de Europa central la fe cristiana en su propia lengua. Así, dedicaron su vida a esta tarea, afrontando muchas dificultades y sufrimientos, persecuciones y encarcelamientos, y se convirtieron en ejemplos luminosos de entrega a la causa

de Cristo y de amor a sus hermanos que anhelaban la verdad evangélica.

2. Muy bien se aplican a ellos las palabras de san Pablo que acabamos de escuchar: «*¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!*» (1Co 9, 16). Abriendo su corazón a los cristianos de Corinto, el Apóstol expresa su conciencia de la necesidad y de la urgencia del anuncio evangélico. Lo siente como un gran don, pero también como una tarea irrenunciable: un verdadero «deber» (cf. 1Co 9, 16), cuya responsabilidad le incumbe en comunión con los demás Apóstoles. Al hacerse «todo a todos para salvar a toda costa a algunos» (1Co 9, 22), nos muestra cómo todo evangelizador debe aprender a adaptarse al lenguaje de sus oyentes, para entrar en sintonía profunda con ellos.

Es lo que realizaron de modo admirable los dos santos a quienes recordamos hoy: toda su misión se orientó a «encarnar» la palabra de Dios en la lengua y la cultura eslavas. A ellos se debe la transcripción de los textos sagrados y litúrgicos a la lengua paleoeslava, mediante un nuevo alfabeto. Para mantener firme la comunión eclesial, vinieron a Roma y obtuvieron la aprobación del Papa Adriano II. Precisamente en Roma, el 14 de febrero del año 869, murió Cirilo, mientras que Metodio, consagrado obispo para el territorio de la antigua diócesis de Panonia y nombrado legado pontificio para los pueblos eslavos, prosiguió la tarea misionera que había iniciado con su hermano.

Demos gracias a Dios por estos dos santos, Cirilo y Metodio, que fueron heraldos sabios del Evangelio en Europa. También hoy siguen enseñando a los evangelizadores de nuestro tiempo la valentía en el anuncio y la actitud necesaria para inculturar la fe.

3. Amadísimos hermanos de la parroquia de San Cirilo y San Metodio, me alegra estar hoy en medio de vosotros para celebrar la fiesta de los patronos de vuestra comunidad. Saludo cordialmente al cardenal vicario; al obispo auxiliar, monseñor Clemente Riva; a vuestro párroco, don Giuseppe Trappolini, y a sus colaboradores directos en la animación pastoral de la parroquia. Mi afectuoso saludo se extiende a todos vosotros, que participáis en esta eucaristía, y en particular a las personas enfermas, ancianas o que no pueden salir de su casa para venir a la iglesia, y que se unen a través de la televisión a nuestra celebración festiva.

Constituís una comunidad joven que, en un tiempo relativamente breve, ha recibido el don de este nuevo templo. Hace casi tres años, en la plaza de San Pedro, yo mismo tuve la alegría de bendecir la primera piedra de vuestra iglesia que, incluida en el proyecto «cincuenta iglesias para Roma 2000», se construyó con rapidez y fue dedicada el 8 de noviembre del año pasado por el cardenal vicario. Vuestra parroquia constituye ahora para la zona de Acilia, denominada Dragoncello, el único centro religioso y social de reunión abierto a numerosas familias jóvenes que viven en el barrio.

A la vez que doy gracias con vosotros al Señor por cuanto habéis logrado realizar hasta ahora, con esta visita quisiera exhortaros a crecer cada vez más en vuestro generoso servicio apostólico,

preocupándoos sobre todo por la formación cristiana de vuestros niños y jóvenes. Alrededor de cuatrocientos niños han recibido el bautismo durante los primeros cinco años de vida de vuestra comunidad. Esto significa que en el futuro próximo esta parroquia contará con la presencia de numerosos muchachos y jóvenes. Queridos hermanos y hermanas, a vosotros corresponde preparar el terreno adecuado para el crecimiento sano y sereno de estos niños. Y sólo podréis realizar vuestra misión si os dejáis guiar por la palabra de Dios y os esforzáis siempre por dar un testimonio coherente de fe y caridad.

4. La *misión ciudadana*, que se está celebrando tanto en esta como en las demás parroquias de Roma, os ofrece la oportunidad de un nuevo impulso espiritual y apostólico. Queridos hermanos, no os contentéis con sentirnos a gusto entre las paredes de la iglesia y de las salas parroquiales, por más nuevas y hermosas que sean; salid al encuentro de la gente que no frecuenta la iglesia. Todos esperan un anuncio renovado de Jesucristo, el único que puede salvar al hombre. Muchos se han mudado a este barrio desde otras partes de la ciudad. A menudo se trata de matrimonios jóvenes, que han venido a vivir aquí después de casarse. Haced todo lo posible para que el cambio de ambiente no los desoriente, llevándolos a un alejamiento de la vida eclesial y sacramental, que les perjudicaría. Al contrario, sed para ellos una comunidad que los acoja y favorezca su integración armoniosa.

Con esta finalidad, estad dispuestos a encontraros con las familias, brindándoles vuestra amistad y compartiendo con ellas la alegría de la fe. Para ello será muy útil la misión ciudadana, con las reuniones en los diversos centros de escucha. Este compromiso de solidaridad y acogida al servicio del Evangelio debe convertirse en estilo de vida diaria, para que no cesen jamás la oración común, la reflexión sobre el Evangelio y el apoyo recíproco.

Pero toda esta interesante y urgente obra apostólica sólo puede ser eficaz si está sostenida por momentos de oración, especialmente de recogimiento prolongado ante la Eucaristía. Sé que gracias a la presencia de las religiosas Misioneras de la Caridad, se realiza en esta parroquia la adoración eucarística diaria. Qué hermoso sería si en cada parroquia se intensificara la adoración eucarística como preparación para el gran jubileo del año 2000, que será un año intensamente eucarístico, ya que se celebrará en Roma el Congreso eucarístico internacional sobre el tema: «*Jesucristo, único salvador del mundo, pan para la vida nueva*».

5. «*Todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios*» (Is 52, 10). Como hemos escuchado en la primera lectura, el profeta Isaías anuncia la universalidad de la salvación, que se ofrece a todos los pueblos sin distinción de raza, lengua y cultura. Todos los creyentes están llamados, según sus posibilidades y responsabilidades, a participar en la gran misión evangelizadora. Este es el compromiso que también aquí, en vuestra parroquia, debéis asumir con perseverancia y fidelidad, para que el Evangelio entre en todas las casas, en las familias y en los diversos ambientes en que se desarrolla la vida diaria.

El Espíritu del Señor os ilumine y os sostenga en esta ardua labor apostólica. Amadísimos hermanos y hermanas, oremos juntos para que se defiendan y compartan los valores del Evangelio, en particular los que se refieren a los ámbitos de la vida y de la familia fundada en el matrimonio. Oremos por los jóvenes, a fin de que encuentren en el amor del Señor la fuerza para resistir ante las tentaciones y los peligros que los amenazan. Oremos para que todos los hombres de buena voluntad se esfuercen por edificar una sociedad más en sintonía con el mensaje evangélico.

Encomiendo a la protección celestial de María y de los santos hermanos de Tesalónica vuestra comunidad, así como el camino de los pueblos eslavos y el futuro de toda Europa. ¡San Cirilo y san Metodio, apóstoles de los pueblos eslavos y copatronos de Europa, orad por nosotros! Amén.